

## ENRIQUE EUSEBIO

Capitaleño por los cuatro costados, Enrique Eusebio es un poeta de lo urbano y lo moderno que asume la literatura como apuesta, haciendo equilibrio en el filo de la navaja. Nació el 20 de agosto de 1948 en la hermosa villa de Pajarito (hoy Villa Duarte), y sobre los escombros de la primera ciudad americana que una plaga de hormigas dejó en el olvido.

Atravesada por una genuina preocupación ciudadana, la poesía de Enrique Eusebio ha crecido conjuntamente con la modernización de Santo Domingo, experimentando cambios violentos y desquiciantes, que la han llevado del verso fragmentado y conciso de su primer libro, a los malabarismos de su etapa neo-vanguardista. De un extremo a otro el poeta ha ido registrando (y ya no tan sólo en el país dominicano), las transformaciones de un espacio que sin dejar de ser él, es siempre otro: sorprendente y novedoso al igual que el tránsito que su escritura remeda.

Poeta viajero -cámara en ristre-, Enrique Eusebio es un coleccionista de instantes y situaciones que sus versos guardan sin el temor de amarillarse por los efectos del tiempo que tanto afecta a la fotografía.

Obras: *Desde la presencia del mar hasta el centro de la vida*, Santo Domingo: Ediciones del Movimiento Cultural Universitario -MCU-, 1973; *Escritos críticos*, Santo Domingo: Impresora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1977; *Consignas & subversiones* (Santo Domingo: Editora Cosmos, C. x A., 1980). Y editor de la antología *Poetas con Nicaragua*, (Santo Domingo: Impresora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1978). Tiene en prensa la monografía *Origen y desarrollo del formalismo ruso*.

enrique eusebio

poemas de

## INVENTOS DEL INSTANTE

### I

El espejo deja los contornos al sueño.

El amanecer no es caligine, tampoco luz;

Es sesgo que martilla penumbras.

Un rectángulo se busca en una habitación ciega.

Se apetece tierra, no arena movediza,

paredes que no estrujen los huesos

(Otra casa es después de todo nuevo hogar)

Residencia para la tierra,

fango untuoso y adivinante amigo y enemigo pero compañe-

/ro

recipientario que a poco hará urnas de la carne

contagiará prístinos manantiales.

El espacio y el lugar me dejan lúdica la vocación de escriba-

/nía,

entretejo y destejo la comedia enana de mi muerte.

No fue hoy sin embargo.

Ayer quizás

ante espejos girasoles sin pasado ni presente.

Entonces ahora, el ayer de ahora entre fangos, saltando

riachuelos nietos de antiguas calles retenidas en mi infancia

o cuando el puente, réplica de catapulta hacia la muerte,

entrecabría sus fauces mientras barcos gigantes penetraban

/su cielo.

No siempre. A veces era plano y tremolinaba:

¿el principio del derrumbe?

Caían entonces los mozalbetes

en suicidas clavados hasta partir aguas negras.

Ayer quizá.

Hoy santuario de pescadores.

Estuario recubierto de cadáveres.

Y el agua, la que a pesar de todo transcurre, se me estanca.

Me vuelve a calles pedregosas

a soles meridianos desgarrando zinqués al empuje de rotaciones

acetatos donde una vez hace el trópico

o murmullos adormecidos preguntando cómo fue,

no sé decirte qué paso...

la respuesta que en Caracas alguien hace infiel

a la memoria.

No lo aseguro.

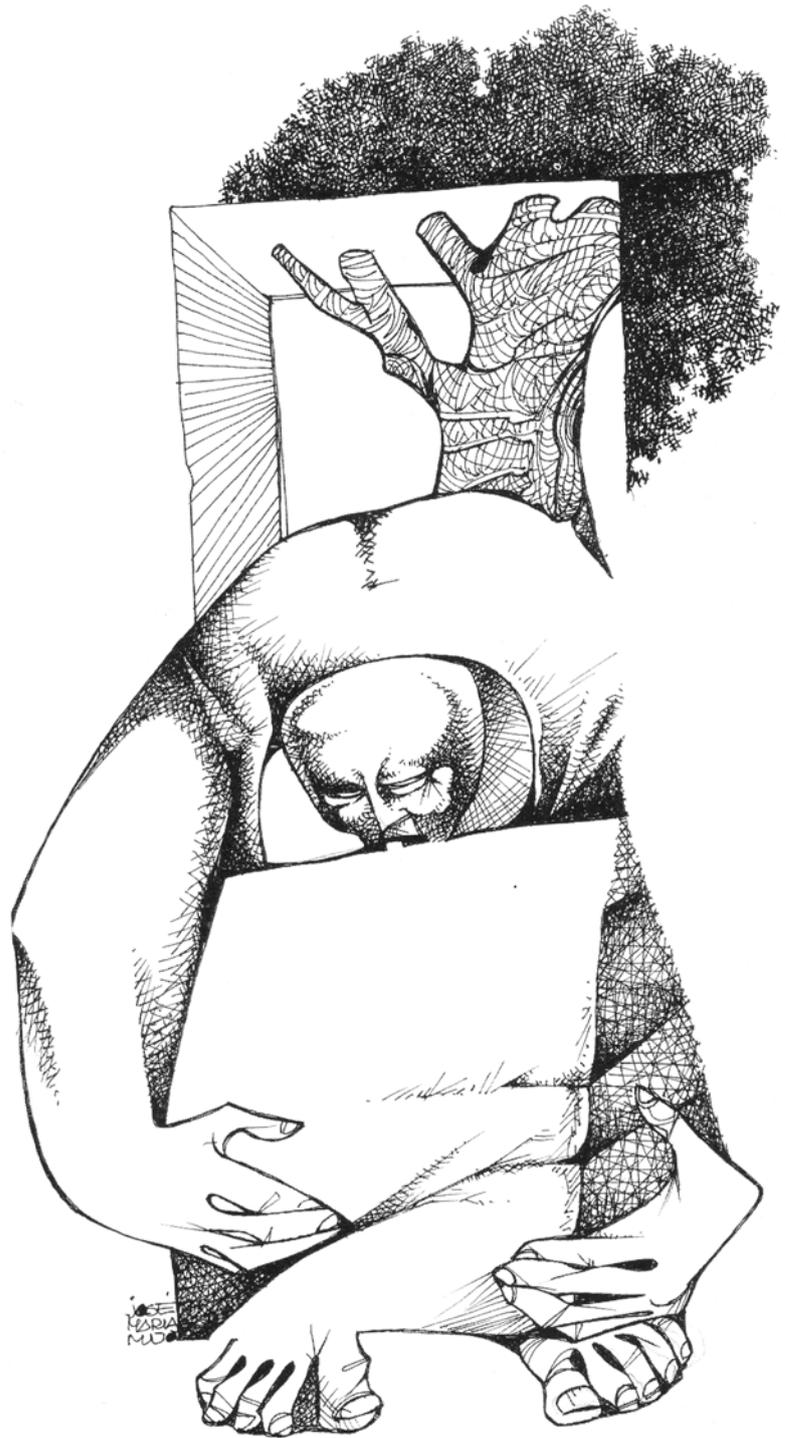
Entiendo que hay más muertes que vidas.

Túneles transparentes aposentados

donde la palabra no se dijo.

Inventos del instante.

Reproche de cuanto el espacio hizo sueños.



II

Tus ojos no buscan las palabras;  
piensan en lo que oculto tras ellas:  
el desliz de un signo,  
rúbricas galimáticas adrede adnatas,  
vacíos ingravidos donde el pensar nada cede al instinto.  
Huecos, en cambio, cuyas concavidades abarroto,  
recámara preferida,  
guarnición donde corro cortinas  
y retengo lo que el ojo no te piensa.

Podría decir, a mi pensar:  
 Desnombro sedicioso y calculador  
 el haz que trazas entre vueltas,  
 edificando sentidos de naipes que estrangulo  
 y te devuelvo en agnosia.  
 No quería postularlo. Hago añicos tu discurso:  
 ¿tu lectura?  
 El sentido es solo polvo.  
 Desgarramientos alfabéticos en la página,  
 mala fe manifiesta,  
 espejismos también.  
 Entre tu decir y mi sentir  
 retengo lo que nunca podrás entender:  
 mansos chinchorros  
 reverberando pizcas de luces citadinas  
 y lunares flotantes:  
 ¿dónde?  
 Redes nubosas descansando del humo que fumé ayer,  
 decisión con que hago este día.  
 Pero tus legibilidades querrian la voz  
 de un cuerpo amanecido,  
 la biografía fantasmal de un sujeto  
 ayunándose las cicatrices.  
 Un decir: una historia después de todo.

## III

Tu reto es apuesta en esta página.  
 Puedo decirte lo que negaré después.  
 Alumbrarte desiertos. Dibujarte oasis aperitivos...  
 Pero me da la gana de usarme la vida  
 como me enjabono el cuerpo con telarañas  
 o lanzo un alarido por puro gusto  
 o me emborracho sin pedir excusas a nadie.  
 Sé que nunca podrás tocarla  
 El uso de la circulación sanguínea lo estrujo a mi manera,  
 verbigratia, hablo de sol:  
 ciudades que mojan mis ropas sin que caiga lluvia,  
 cenizas de otros muertos penando sobre el asfalto:  
 ¿relente?,  
 cruzando semáforos en rojo,  
 abandonando pasajeros que olvidaron sus tridentes...  
 Polvo que fuiste y cenizas que serás.  
 Y siempre el lugar y el espacio  
 me dejan lúdica la vocación de escribanía.  
 Un amanecer es tuerto si mi mano no le golpea  
 el lado izquierdo. Un rectángulo tal vez sea sueño  
 si sus medidas no descifran un cuerpo...  
 Pero todo lo olvido.  
 Prefiero el juego de las remembranzas:  
 Peces en el estanque mordisqueando burbujas.  
 El césped pardo remojado por el sol que empapó  
 mis vestimentas  
 El diligente amigo incapaz de distinguir  
 entre muecas y sonrisas

Un instante cualquiera: el principio de pasos  
que trasiegan adoquines de hojalata.  
Ruidos de rostros que se cruzan. Puñales sombríos.  
Ríos blasfemando algas.  
Pescadores absortos a contracorriente.  
Es la mañana y mis huesos se pierden en candelabros.  
Mis ojos niegan la cólera... Todo pasa.

## IV

La ciudad, espejo, relumbres ubicuitarios  
espueleándose en toses hemoptísicas.  
Sombras lumínicas encubriendo al hombre que arrastra  
su ataúd...  
Y esto a pocos les importa:  
    sea arena movediza o fango encurtido.  
Hay un espejo en cada esquina que devuelve la imagen,  
    borrones incandescentes, espumeantes,  
saltando a los aleros, agolpándose en los techos,  
    estallando en cenizas hasta reducirse a polvo.  
Interesa una voz cuarteada que chille pavorosa  
    en el umbral de las brumas.  
Sesos que se desangren,  
prisma agónico desparramándose sobre taxis  
    y transeúntes hechos candil  
o cadáver cierto.  
Luego cenizas, espacio para el sueño,  
    lugar para la muerte,  
voces sordas y dedos acusadores:  
tu sentir y pensar en la palabra que nada dijo.  
Y en esta páginas: escarceos,  
tinta blanca sobre papel oscuro.